Dido

Marcelo Alvarenga Maciel

Image not found.

Capítulo 1

Dido.

Arde, ¡oh! pira, con el calor de la fragua de Vulcano
y transmuta mi pesar en sutil susurro
que el nefasto rotar de esferas se ocupará de silenciar.

Penetra hondo con tus pétalos de orquídea escarlata
y deleita mis oídos con el crepitar que redime.
Purifica la insensatez de la solitaria vigilia
ofrecida en holocausto a una deidad impía y cruel,
a cuyas plantas nos postramos, los de antes, los ilusos.

Entonces Tú, ¡oh! herencia de Prometeo,
me tornarás un ser informe y detestable
para que, ayudada por los famélicos seres
simples e inferiores, me vuelva bruma y suciedad.

Quizá la brisa de la mañana me esparza
y sea el polvo de algún ignoto sendero
que sus pies hollarán.

Más aún, invocaré un ente elemental
que diluya mi noche y me conduzca,
ya por agua, alejándome del suelo,
donde, sentada, marchité mis ojos.

Mi reino, al despertar, encontrará difuminado mi eco.